

Gregorio Selser

Sandino, El Guerrillero

CATALOGADO

Sería una fácil labor de estadística y síntesis periódica referir la vida, pasión y muerte de Augusto C. Sandino, el guerrillero que sólo ahora comienza a ser objeto de curiosidad histórica por parte de los especialistas estadounidenses. Decir, por ejemplo, cuándo nació, dónde trabajó; por qué se hizo famoso —esto es, por qué se fue a la sierra, a pelear—, en cuántas ocasiones defendió esa forma con lo único con que podía sostenerla y afirmarla, es decir, siempre luchando contra los interventores extranjeros y la guardia nacional de su patria adiestrada por aquéllos; tabular sus victorias y derrotas hasta la concertación escrita de la paz, formal y solemne; hasta, no mucho tiempo después, su alevé asesinato en campo abierto, sin más testigos que sus victimarios, sus compañeros de lucha y las estrellas que titilaban sobre el amplio cielo de Managua.

Pero con ser esa una tarea en apariencia simple, el personaje y su gesta se escurrirían para no dejar sino la visión fría y descarnada de una especie de caudillaje más de tierra caliente, un nombre, un fusil, un grito de rebelión inútil, y después lo de siempre, la nada, el dictadorzuelo de práctica y, más tarde, la dinastía. Faltaría, para hacerle distinto y entenderle en su significado cada vez más creciente, integrarle en el contexto de su época y de su patria, pequeña como un pañuelito y tan económicamente esmirriada entonces —y hoy, todavía— como lo era el propio Sandino. Sería necesario hacer una reseña previa que agregara a la historia de esos seis años que corren entre 1927 y 1933, años de desprecio y cólera, algunas décadas más de descripción de otros hom-

bres, otros barcos, otras armas, otras víctimas y horrores y actos de heroísmo y de bajeza, de glorias y traiciones sin cuento, aunque los personajes principales fuesen los mismos, como fueron los mismos las causas, los efectos. Y, sobre todo, la raza y el idioma.

EL CONTEXTO HISTORICO

Raza e idioma de conquistadores habló por vez primera en la conturbada Nicaragua de mediados del siglo XIX, cuando aquel William Walker de infausta fama desembarcó en El Realejo llamado por una facción política, contratados sus servicios de *condotiero* para destruir a la odiada facción adversaria. Liberales y conservadores dieron así pie, con su odio cerril, a una invasión de mercenarios ávidos de dinero como de sangre y gloria, que dejó no sólo a Nicaragua asolada, sino igualmente exhaustas las riquezas de Costa Rica, El Salvador, Honduras y Guatemala. El filibustero Walker llegó en su audacia hasta hacerse designar presidente de Nicaragua no mucho tiempo después de aquel nefasto 13 de junio de 1855 en que por vez primera pusieran sus pies en el país. Pero su codicia concitó contra él la enemiga de toda Centroamérica. Y así fue el milagro. Por vez primera desde que en el istmo centroamericano se partieron los pueblos y se formaron las minúsculas naciones, los mutuos agravios y rivalidades lugareñas, los odios y las rencillas fueron dejados de lado. Se forjaron nuevos vínculos y alianzas frente al común enemigo de pelo rubio, ojos celestes, religión herética, bárbaro idioma y alucinantes propósitos (uno de los decretos que dio Walker en ejercicio de su poder presidencial fue el de restablecimiento de la esclavitud en Nicaragua), y un ejército único en sus miras y propósitos hizo frente al despótico invasor hasta finalmente obligarlo al reembarco en una nave de guerra de su patria.

Pero la riqueza destruida, las vidas segadas y los odios no liquidados fueron la valla pertinaz que por todo lo que restaba del siglo se opuso al renacimiento, auge y desarrollo económico y político de las cinco naciones. Desaparecido el peligro que las unió en el supremo trance de la extinción posible, las cinco naciones retornaron a su habitual aislamiento, a sus pendencias provincianas, a su vegetar cansino y tropical. Caudillos lugareños, sin grandeza de miras ni ámbito para desarrollarlas, perpetuaron la tardía feudalidad regional. Señores presidentes de toga o sable regenteaban suelos feraces y poblaciones hambrientas. El café, el banano, el cacao, el azúcar, quizás el algodón y el añil, y basta ya. Pero los pueblos del istmo viven marginados bajo regímenes paternalistas. La condición de *pater* se ejerce, por otra parte, tanto en la estancia o la hacienda, como en el poder. Y muchas veces se confunden hacienda privada y Estado nacional.

En la Nicaragua que siguió a la desaparición del peligro de Walker (hubo una recidiva liquidada por los británicos: el filibustero tentó en 1860, de nuevo, la aventura conquistadora; pero el crucero *Icarus* desbarató el intento, su comandante entregó a Walker a los hondureños, y éstos, sin mayores dudas, lo fusilaron el 12 de septiembre) no se recapacitó demasiado sobre el sentido de todo lo ocurrido. Volvieron a recrudecer las alternativas de la vieja división entre liberales y conservadores, hasta que las peripecias partidistas derimidas a fusilazos encaramaron al poder al liberal José Santos Zelaya, y un 15 de sep-

tiembre de 1893 lo ungían presidente. Permanecería en el poder hasta el 16 de diciembre de 1909. Algo más de dieciseis años. Sería desalojado de él merced a la intervención de los Estados Unidos.

LA POLÍTICA DEL TITIRITERISMO

Los observadores y estudiosos de ese período de la historia de América Central —y de Estados Unidos—, caracterizaron la política de Washington de distintos modos. Los célebres Nearing y Freeman acuñaron la expresión “Dollar Diplomacy”; para el período inmediatamente anterior, de las presidencias del primer Roosevelt —Theodore—, la caracterización corriente era la de “Big Stick Diplomacy”, o sea diplomacia del garrote, habida cuenta de cómo había intervenido la Unión para provocar, apoyar y mantener la segregación de la provincia colombiana de Panamá y su erección en república soberana —valga la ficción— con el fin expreso y fundamental de permitirse la construcción del canal interoceánico. Otros historiadores, hacia fines de la primera década del siglo, conjugaban ambas designaciones durante la presidencia de William H. Taft: diplomacia de garrote y dólares —decían.

Se vivían entonces las vísperas augurales de la Primera Guerra Mundial. Si había hablar de grandes potencias, la Alemania del Kaiser, la Gran Bretaña eduardiana y los Estados Unidos de la “chisporroteante democracia”, como la calificara el primer Carnegie, eran las que accedían al primer plano. En lontananza, crecía el llamado “peligro amarillo”, representado por las tendencias expansionistas del Mikado. Los programas armamentistas estaban a la orden del día, y no había presupuesto anual que no fuese superado al siguiente año con duplicaciones de índole bélica. Habían ocurrido escarceos preliminares a todo lo largo de la década pero, para Estados Unidos, que continuaba su digestión de las Islas Filipinas, Guam y Puerto Rico (Cuba era capítulo aparte) después de su triunfante guerra contra España, Japón significaba un peligro potencial mucho más temible que Alemania. Más todavía desde que las concepciones estratégicas del almirante Alfred Thayer Mahan habían puesto de relieve la necesidad de contar con dos flotas independientes —una en el Atlántico y otra en el Pacífico— hasta tanto el canal interoceánico estuviese construido y habilitado.

Pero como el canal de Panamá sólo estaría concluido en 1914, el tradicional punto débil de la Unión —su litoral marítimo sureño— seguiría expuesto, a menos de contar con bases fortificadas y estaciones carboneras de apoyo logístico (los barcos de guerra y los mercantes en general se movían todavía a carbón) en todo el área del Caribe. Así se explica que en el tratado de Estados Unidos con Cuba, por el cual ésta obtiene una independencia condicionada hecha posible por la ominosa Enmienda Platt, se establezcan dos zonas geográficas que seguirán en poder estadounidense: Bahía Honda y Guantánamo.

Diplomacia del dólar y diplomacia del garrote —a la que más tarde se añadirá la designación “Gunboat Diplomacy” o diplomacia de las cañoneras de desembarco—, se aunarán para lograr que ningún poder europeo o asiático sienta sus reales en territorio del istmo centroamericano o en sus adyacencias, las islas del Caribe conocidas como “Banana Republics” en bloque. El Caribe

se transforma en lago norteamericano, el “Mediterráneo de América”, el “Mare Nostrum de Estados Unidos”. Para gobernar a sus díscolos y revoltosos pueblos no pueden designarse, como en Filipinas o Puerto Rico o Guam o las Hawaii, gobernadores de oficio. Teóricamente al menos, esas repúblicas bananeras son libres y soberanas, y no dependencias coloniales norteamericanas. Surge entonces la necesidad de que sus pueblos sean gobernados por hombres amigos, que realicen política amistosa hacia la Unión. Si no los hay, debe procurárselos, y allí donde haya enemigos declarados, como ese dictador Zelaya, de Nicaragua, que tanto molesta a los asuntos y negocios de la familia Fletcher, deben ser radiados para en su reemplazo colocar gente adicta y sumisa, que obedezca a los dictados, consejos, sugerencias y quizás hasta órdenes emanadas de Washington. Se necesitan títeres, en una palabra, y al comenzar la segunda década del siglo XX Estados Unidos instaurará por vez primera esa institución peculiar del titiriterismo político que en la quinta década recibirá otro nombre con simbología mundial quislinguismo. En Nicaragua, el predecesor del noruego Quisling se llamará Adolfo Díaz.

CAE EL “DICTADOR” ZELAYA. ASCIENDE EL “DEMOCRATA” DIAZ

Haremos gracias al lector de los detalles de la operación que condujo a la caída del presidente casi vitalicio José Santos Zelaya. Pero es importante señalar, para la comprensión de lo que después sobrevendrá, el papel que desempeñará en su caída el secretario de Estado norteamericano Philander C. Knox.

A fines de 1909, uno de los generales protegidos de Zelaya, Juan J. Estrada, se alzó en declarada rebelión en la única región atlántica de Nicaragua de cierta importancia: la de Bluefields, que con la de Puerto Cabezas constituían la salida de la producción maderera y mineral explotada por empresas estadounidenses, entre ellas las de propiedad de la familia Fletcher, cuyos negocios, a su vez, estaban resguardados por el estudio jurídico al cual pertenecía el mencionado secretario de Estado, Knox.

Zelaya envió urgentemente tropas adictas a la zona y se entabló así una más de las tradicionales guerras civiles centroamericanas. Pero había detalles anexos novedosos: uno de ellos fue que el cónsul Moffat, en Bluefields, se permitió el lujo de informar al Departamento de Estado, con antelación, la fecha en que estallaría la revolución y hasta quién la encabezaría; el segundo fue que dos ciudadanos norteamericanos fueron atrapados por el ejército de Zelaya momentos después de haber fracasado en tentativas de volar, mediante minas, un barco cargado de tropas gubernamentales que acudían a la zona de lucha. Luego de un sumario sujeto a toda clase de garantías, los dos mercenarios estadounidenses, Cannon y Groce, fueron condenados a la pena capital e inmediatamente fusilados. Este fue el pretexto de que se valió Knox para dirigir una nota insultante a Zelaya, que de hecho significaba la ruptura de relaciones entre Estados Unidos y Nicaragua. El gobernante, buen entendedor, comprendió que era inútil insistir, por lo que en nota de diciembre 16 de 1909 elevada a la Asamblea Nacional de su patria, resolvió renunciar para contribuir —dijo— “al bien de Nicaragua... y sobre todo, a la suspensión de la hostilidad manifestada por el gobierno de Estados Unidos, al cual no quiero



Sandino fue, en su tiempo, un líder centroamericano de indiscutible talento y capacidad revolucionaria. En esta fotografía se le ve en compañía de políticos de toda el área, entre ellos del salvadoreño Farabundo Martí que, el año 1932, encabezó el levantamiento campesino más impresionante del país.

Sandino tuvo la visión de proyectar su lucha anti-imperialista a todos los pueblos centroamericanos, obteniendo la simpatía y la adhesión de núcleos democráticos y representativos.

Los infantes de Marina de EE. UU. no pudieron vencer a este guerrillero que, en defensa de la soberanía de Nicaragua, luchó por la libertad de su pueblo. Su muerte se debió a la traición y al entreguismo del Gral. Anastasio Somoza.

El trabajo de Gregorio Selser que publicamos en este número, es uno de los más penetrantes sobre la personalidad de Sandino; el enfoque señala también las condiciones económicas y políticas de Centro América durante este período.

dar pretexto para que pueda continuar interviniendo en ningún sentido en los destinos de este país”.

El cuerpo legislativo aceptó la renuncia y designó en su reemplazo a un civil, liberal moderado y hasta adversario de Zelaya, José Madriz, quien continuó la lucha contra las alzadas fuerzas conservadoras, ahora al mando del general Emiliano Chamorro, en tanto Zelaya se exiliaba a bordo de un barco mexicano despachado al efecto por el presidente Porfirio Díaz. El doctor Madriz tuvo buena suerte militar de su parte durante algunos meses, hasta el punto de arrinconar a los revolucionarios contra el puerto-foco de la rebelión, y ya estaba a punto de apoderarse de la fortificada plaza, cuando los comandantes de los cruceros norteamericanos Paducah y Dubuque desembarcaron infantes de marina y prohibieron a las fuerzas liberales continuar su acción bélica. De hecho, se colocaron en medio de ambas fuerzas en litigio, pero en tanto permitían a las de Chamorro aprovisionarse por mar, impedían que lo propio hicieran las de Madriz.

El sucesor de Zelaya comprendió a su vez cómo venía la mano, por lo que el 20 de agosto de 1910 resolvió renunciar a su mandato y, también él, abandonar el país. Rota así la voluntad de resistencia de los liberales, no hubo factor alguno que se opusiera a la toma del poder por los conservadores. Lo hicieron éstos a través de un cuadrunvirato integrado por los generales Estrada, Chamorro y Luis Mena, además de un civil, Adolfo Díaz, hasta el día antes empleado de confianza de la empresa minera La Luz y los Angeles Mining Company, propiedad de la familia Fletcher. La tetralogía funcionó escasas semanas y se convirtió en algo así como un gobierno “constitucional” el 1º de enero de 1911, con el general Estrada como presidente, el civil Díaz como vice, el general Mena como ministro de Guerra y el general Chamorro como presidente de la Asamblea Nacional. Todo parecía marchar ahora sobre ruedas, pero el diablo, que siempre suele meter su cola en este tipo de asuntos, complicó las cosas de un modo inesperado. Dos enviados de confianza de Knox, los señores Dawson y Northcott, cometieron las suficientes torpezas diplomáticas como para que el lastimado orgullo nacionalista nicaragüense reclamara reparación. El general Mena reprochó a su colega Estrada la “entrega” del país, sin tomar previas precauciones. Estrada lo destituyó y encarceló sin mayor trámite. Cundió la exasperación pública y todo parecía a punto de estallar de nuevo después de conocidos los “Convenios Dawson” (que convertían a Nicaragua, de hecho, en una dependencia estadounidense), cuando Estrada resolvió sacrificarse y renunciar. Díaz asumió las riendas del poder.

Díaz tenía en su favor la ventaja de hablar y escribir perfectamente el inglés. Al filibustero Walker le habría gustado tenerlo de secretario de confianza. Ahora, ungido con los sacramentales óleos de la democracia norteaña, se dispuso a gobernar, tal como quienes lo habían aupado hasta el poder lo querían.

PRIMERA OCUPACION, WALKER. SEGUNDA OCUPACION, BUTLER

Entre las condiciones impuestas por los enviados Dawson y Northcott al cuadrunvirato, figuraba la de que Nicaragua debía aceptar un empréstito de los

Estados Unidos, acordando como garantía bienes tangibles tales como el Ferrocarril Nacional y el Banco de la República, y otros no tanto, como la concesión, por 99 años, del derecho de construir, en territorio nicaragüense, por Estados Unidos, un canal similar al que se estaba construyendo en Panamá, opción no obligatoria que se completaba con la cesión y permiso para construir bases fortificadas y estaciones carboneras en islas y territorios continentales nicaragüenses.

Esas condiciones, entre otras, habían motivado la primera protesta de Mena, la impopularidad de Estrada y subsiguiente renuncia, y un estado de efervescencia colectiva que se mantenía latente a pesar de la presencia inamovible de las tropas conservadoras en la capital y puntos claves del país. Pero el 29 de julio de 1912 el general Mena se alzó en armas contra Díaz y obtuvo no sólo el apoyo de grupos conservadores a los que él pertenecía, sino el de los liberales en bloque resueltos a terminar con la farsa. Un general liberal, Benjamín Zeledón, ocupó brillantemente Managua, Granada y Masaya, y ya parecía el triunfo total al alcance de la mano, cuando el Departamento de Estado ordenó, nuevamente, el desembarco de infantería de marina, esta vez desde el Océano Pacífico. Cuando se realizaron las investigaciones legislativas en Washington, se demostró que quien pidió el desembarco fue el propio Díaz. Se reproducía el fenómeno Walker, pero esta vez quien llamó a las huestes norteamericanas fue un conservador. Hubo otro cambio más, desdichadamente doloroso. Contrariamente a lo ocurrido meses antes en Bluefields, la infantería de marina al mando del mayor Smedley Butler no se limitó a dar consejos y hacer observaciones pacifistas. Con cañones y ametralladoras desembarcados de un total de 8 navíos de guerra, y los fusiles de un total de 2600 hombres al mando de 125 oficiales, Managua y Masaya fueron sometidas a terrible bombardeo. Los rebeldes se rindieron a tropas norteamericanas, y el jefe de revuelta, Mena, hecho prisionero, fue embarcado hacia una prisión de Panamá. Pero como en la localidad de Coyotepe continuara resistiendo y negándose a la rendición el general Zeledón, también allí se produjo una masacre por bombardeo de cañones y asalto a la bayoneta. Allí cayó muerto, cubierto de gloria, uno de los héroes menos conocidos de nuestra América. Allí terminó, en Coyotepe, la resistencia contra la invasión de afuera y la traición de adentro. Pasarían dieciseis años antes de que fuese posible reanudar la eterna batalla de Nicaragua por su liberación. Al cabo de ese lapso, de nuevo se encontrarían infantes de marina aliados a conservadores —y después a liberales— para combatir a un émulo de Zeledón que, sin embargo, no sería como éste militar de carrera, sino apenas un obrero, y no calificado precisamente. Pero contrariamente a Zeledón, no haría la lucha frontal, suicida de aquél. Elegiría el sistema de la guerra de la Independencia hispanoamericana, resucitada en la vecina México por los fantasmales Francisco (“Pancho”) Villa y Emiliano Zapata: la guerrilla.

EL “CONSENSO” DE LA OCUPACION

Díaz pudo, a partir de entonces, gobernar con toda tranquilidad. Gozaba de la benevolencia del Departamento de Estado y, como garantía indiscutible, la presencia permanente de tropas norteamericanas en Managua, amén del

estacionamiento en aguas cercanas de cruceros de la Unión, siempre prontos para el desembarco de infantes.

No era inconveniente para su mandato la presencia en el poder de Estados Unidos de un nuevo presidente, el incorruptible Woodrow Wilson, llamado el "apóstol de la democracia". Fue bajo la presidencia de este paradigma de la libertad que se consumaron intervenciones armadas en Honduras, Panamá, la República Dominicana, Haití, y Cuba. Estas tres últimas debieron soportar, durante largos años, la ocupación de sus territorios por fuerzas de Estados Unidos, como en el caso de Nicaragua. Y, para rematar esta nada idílica visión de la "Gunboat Diplomacy", la ciudad de Tampico, en México, era invadida por infantes, y la de Veracruz, en el mismo país, sometida a un terrible bombardeo en el que murieron decenas de cadetes navales mexicanos junto al pabellón enhiesto de su patria. No mucho después, un ejército norteamericano violaría las fronteras del río Bravo y penetraría cientos de kilómetros adentro en México, para capturar —así lo declararon— a Francisco Villa, "bandido puesto fuera de la ley".

Fue también bajo la presidencia de este paladín de la libertad que se consumó el tratado Bryan-Chamorro, por el cual Nicaragua aparecía concediendo a los Estados Unidos la opción para construir un canal por su territorio, además de las bases navales ya indicadas, todo ello por una paga de tres millones de dólares que, como está demostrado hasta el hartazgo, jamás salió de las arcas de Fort Knox. *Cómo debía de ser leonina la transacción, que hasta el exsecretario de Guerra de la Unión, Elihu Root, hablando como senador (Véase Diario de Sesiones del Senado, Washington, D. C., p. 1577, 13 de enero de 1917) hizo estas reflexiones:*

Me asaltan inquietudes y temores al pensar en la cuestión de si el Gobierno de Nicaragua que celebró el Tratado, es realmente el genuino representante de aquel pueblo y si puede ser mirado en Nicaragua y en Centroamérica como un legítimo y libre agente para otorgarlo; y es que he leído el informe del jefe de nuestros marinos en Nicaragua, y hallo en él estas palabras: "El Gobierno actual no está en el poder por la voluntad del pueblo; las elecciones fueron en su mayor parte fraudulentas". Y más adelante he leído en el mismo informe la afirmación de que los opositores de aquel Gobierno constituyen las tres cuartas partes del país. . . ¿Podemos nosotros celebrar un tratado tan serio para Nicaragua, en que nos concede perpetuos derechos en aquel territorio, con un Presidente de quien tenemos justas razones para creer que no representa más que a la cuarta parte de los gobernados del país, y el cual está sostenido en el puesto por nuestra fuerza militar, y a quien, como consecuencia del Tratado, pagaríamos una considerable suma de dinero para que de ella disponga, como Presidente? Me causaría pesadumbre ver a los Estados Unidos ponerse en tal situación. . .

El tratado Bryan-Chamorro fue promulgado, y, hasta hoy, por supuesto sigue en vigor. Gracias a él, Adolfo Díaz pudo permanecer seguro en su puesto hasta el 1º de enero de 1917, en que fue reemplazado, mediante elecciones fraudulentas aludidas por el senador Root, por el general Emiliano Chamorro.

El supuesto “consenso” o “consentimiento” del pueblo de Nicaragua, que no era sino la impotencia nacida de la falta de armas y de la presencia extranjera en el territorio nacional, seguía manifestándose como una calma chicha, una raza de epidermis afuera, el sepulcro varsoviano impuesto por el invasor. Y así continuaría algunos años más.

BREVE PARENTESIS DE LIBERTAD

El 1º de enero de 1921, ya finalizado el conflicto mundial que servía de justificativo al apóstol Wilson para aherrar a sus vecinos caribeños, el general Emiliano Chamorro fue reemplazado en elecciones tan fraudulentas como las anteriores por su tío, el civil Diego M. Chamorro. Los conservadores sólo se sentían seguros del disfrute del mando conservándolo en familia (los Somoza aprenderían de ellos la lección para cuando les tocara el turno, perfeccionando el sistema como dinastía).

Pero ocurrió un percance inesperado. El tío Chamorro, “consumido por sus muchos vicios”, se murió de puro enfermo a los pocos meses de ser presidente, y fue reemplazado por el vicepresidente, Bartolomé Martínez, quien como producto de una transacción electora era ajeno al clan Chamorro. Además, tuvo la inexplicable ocurrencia de iniciar el rescate de la deuda externa, el reintegro del Ferrocarril Nacional y el sistema bancario a manos nicaragüenses y, para colmo y remate, resolvió conceder elecciones libres y garantizadas con la presencia de observadores norteamericanos. Como esto coincidía de algún modo con la nueva política de los Estados Unidos, a cargo del Secretario de Estado Charles Evan Hughes —presidencia de Warren G. Harding—, pareció factible que los importantes cambios pudiesen ser realizados sin violencias ni dolencias. Washington se mostraba tan dispuesto a que esto fuese así, que el 14 de noviembre de 1923 anunció públicamente que en cuanto asumiese su función el nuevo presidente de Nicaragua, el 1º de enero de 1925, procedería al retiro de todas sus fuerzas de ocupación.

Pero para que el cambio y la transición no fuesen tan bruscos que provocasen nuevos conflictos, se buscó el modo de restañar viejas heridas mediante una suerte de coparticipación en el poder, que Estados Unidos no objetó. Así surgió la fórmula Carlos Solórzano-Juan Bautista Sacasa, conservador el primero y liberal el segundo. Solórzano fue “digitado” por Martínez, quien creyó que siquiera fuese por gratitud, le sería leal hasta para guardarle el retorno al poder en la siguiente elección; olvidó el dato esencial de que Martínez era cuñado del indescriptible Díaz. De todos modos, la fórmula resultó triunfante y la mixtura conservadora-liberal pareció funcionar bien, a tal punto que los Estados Unidos consideraron que debían cumplir su promesa pública de retirar su infantería del país. Lo hicieron finalmente el 3 de agosto de 1925, ocho meses después de la fecha anunciada. Así terminó la llamada Segunda Intervención.

No pasarían muchos meses sin que se produjese la tercera.

PROLEGOMENOS DE LA TERCERA INTERVENCION

La luna de miel con la libertad terminó bien pronto.

El 3 de agosto —como lo indicamos— se fue la infantería de marina estadounidense de Nicaragua, y el 25 un general del clan Chamorro, Alfredo Rivas, se permitió un “minicuartelazo”. Era una especie de tanteo previo, para evaluar qué reacción habría en Washington.

Ya no era presidente Harding, ni secretario de Estado, Hughes. Habían sido reemplazados, respectivamente, por Calvin Coolidge y Frank B. Kellogg. Pero el Departamento de Estado reaccionó despachando inmediatamente un barco de guerra. Era una especie de preaviso. Dio la impresión de que la facción disconforme con la elección, o sea el grupo de Díaz y Chamorro, se llamaría a sosiego. Pero este último no pudo finalmente con el genio, y en la noche del 25 de octubre de 1925 —no se habían cumplido 90 días de la “liberación— dio el segundo “minicuartelazo”, que consistió en dejar a Solórzano en el poder aunque imponiéndose nuevos ministros y su propia designación como comandante del ejército; como complemento, expulsó del Congreso a los legisladores liberales y los reemplazó con conservadores, amén de declarar fuera de la ley y sujeto a destierro al vicepresidente Sacasa.

La operación, sin embargo, no estaba completada. Como se había comprobado por el tanteo inicial que los Estados Unidos no reconocerían a un “presidente” surgido de un golpe militar (tendencia diplomática vigente desde el período Harding-Hughes y establecida mediante convenios ad hoc), fueron menester otros pasos más. El 16 de enero de 1926 el Congreso, ya “limpio” de liberales, nombró a Emiliano Chamorro “Designado a la Presidencia”, título equiparable al de vicepresidente, con todos sus deberes y atributos, entre ellos, obviamente, el de reemplazar al presidente en caso de acefalía. De pura casualidad nomás, el mismo día en que Chamorro obtenía esa designación, Solórzano renunciaba a su mando. Don Emiliano, pues, debía sacrificarse por la patria, asumiendo la presidencia, sin que la continuidad jurídico-constitucional del país apareciese alterada. Pero todo el embrollo era demasiado burdo, aun para un paladar no experto en delicadezas como el de Washington, de modo que Kellogg se vio obligado a notificar, el 22 de enero, al Encargado de Negocios nicaragüenses en Estados Unidos, que el nuevo gobierno no iba a ser reconocido. Chamorro no se afligió demasiado por el desaire norteamericano, porque el gesto desdeñoso no pasó de ahí, y los vínculos comerciales prosiguieron como hasta entonces, sin que fuese necesaria, otra vez, la impopular presencia de tropas estadounidenses en el país. Pero no tardó, de nuevo, el diablo, en asomar su cola, esta vez en la figura del ex vicepresidente Sacasa —legalmente presidente, puesto que no había renunciado a su cargo y había abandonado el país por la fuerza—, quien buscó la ayuda de un militar que había luchado en Coyotepe, el general José María Moncada, y entrambos, se dieron a la tarea de conspirar para derrocar a Chamorro.

Sacasa y Moncada peregrinaron por los países vecinos y el primero de ellos logró finalmente promesas de apoyo del presidente mexicano Plutarco Elías Calles, tanto en armas como en dinero. Con esa promesa e ilusión, Sacasa llegó a Washington y se entrevistó con cuanto funcionario responsable del Departamento de Estado pudo, incluyendo a Kellogg. A este último le confió la promesa de apoyo que le hiciera el presidente Calles. A Kellogg se le iluminó, de pronto, la mirada. ¿Con qué Calles le daría armas y dinero? ¡Bien!

¡Muy bien! Washington —dijo Kellogg a Sacasa— no podía hacer lo mismo, pero en todo caso nada haría por impedirlo. Y le deseaba buena suerte. Sacasa abandonó los Estados Unidos loco de alegría. No menos contento estaba Kellogg. Si Calles ayuda a Sacasa —pensaba, quizás restregándose las manos— y podemos probarlo, tendremos el modo de doblegar a ese “maldito comunista mexicano”.

Gracias a la ingenuidad política de Sacasa —de la que daría después innumerables muestras más— el Departamento de Estado había encontrado, sin proponérselo, un posible remedio para su viejo dolor de cabeza de México, ahora representado por el mandatario Calles.

Nació la “Operación México-Nicaragua”.

EL NUEVO DESEMBARCO

El problema primordial de Kellogg, fuera de los que lo llamaban desde Europa y que culminarían con el Pacto Briand-Kellogg en materia de paz y desarme, lo constituía la cuestión aparentemente insoluble de México.

Esa nación y los Estados Unidos habían pasado, en los tres lustros previos, por situaciones límite que sólo por milagro no se convirtieron en guerra franca y abierta. La caída de Porfirio Díaz había desencadenado una guerra civil sangrienta y prolongada, como pocas veces se habían dado en el continente. Madero asesinado, Carranza asesinado, Zapata asesinado, Obregón (años después y como Villa) asesinados. Una maldición parecía cernirse sobre el desventurado México. Y al calor del caos, las matanzas y la inestabilidad sociopolítica, la preocupación esencial de los Estados Unidos signando el proceso y enmarcándolo con características ominosas: sus inversiones, especialmente en tierras y petróleo.

La Constitución de 1917 había proclamado la propiedad imprescriptible e inalienable de las riquezas del subsuelo mexicano. La reglamentación de su articulado, que se prolongó por espacio de varios años, fue origen de conflictos y disputas de carácter internacional. Las empresas detentadoras de dudosos títulos de propiedad y concesiones precarias apelaron de continuo al Departamento de Estado en salvaguarda de lo que estimaban sus derechos conculcados. De una manera u otra, el enfrentamiento decisivo fue eludido por ambas partes, hasta que, durante la presidencia de Calles, sucesor de Obregón, México dispuso finalmente que las prescripciones del artículo 27 de la Constitución debían ser cumplidas por las empresas, cualesquiera ellas fuesen. Las empresas rechazaron el emplazamiento y Washington las respaldó. Los ánimos se fueron paulatinamente caldeando. La cadena periodística Hearst pedía, sin ningún disimulo, la invasión de México por el ejército de los Estados Unidos. Y fue Hearst el que promovió la falsificación de documentos según los cuales el gobierno de Calles aparecía comprometido en una conjuración en favor de la URSS, para el dominio del continente americano por el comunismo. La investigación del Congreso estadounidense probó la superchería, acusó a Hearst de falsificador y lo descalificó moralmente.

Lo cual no impidió que el fantasma del comunismo siguiese siendo enar-

bolado para perjudicar a Calles. Para intimidarlo. Para amenazarlo. Para chantajearlo. México había sido el primer país que reconoció a la URSS...

A esa campaña virulenta se sumó inadvertidamente Sacasa cuando logró que, en efecto, Calles le proporcionara armas y equipos para la reconquista del poder en Nicaragua. El 2 de mayo de 1926 ocurrió la primera insurrección en Bluefields, al mando del general Moncada. Fracásó. Un nuevo desembarco ocurrió el 6 de agosto, ahora en la costa del Pacífico. Es el armamento mexicano que entra en acción. Estallan, pues, entonces, las primeras denuncias oficiales norteamericanas de que el "gobierno comunista" de México está tratando de exportar la "revolución bolchevique" a todo el continente, proveyendo de armas a los "revoltosos". Pero como la expedición también fracasa, la baraunda cesa. De todos modos, resulta irónico que los "revoltosos bolcheviques" sean los liberales desalojados del poder en Nicaragua, y los "amigos del orden, la paz y la Constitución" sean los conservadores, a quienes Washington todavía no ha reconocido. Percibida aunque tardíamente esa flagrante contradicción, presiona sobre Chamorro y lo obliga a "legalizar" la situación.

El Congreso de Nicaragua vuelve, pues, a reunirse, y nombra "Designado a la Presidencia" al senador Sebastián Urriza. Hecho lo cual, renuncia Chamorro el 30 de octubre de 1926 y asume Urriza. Pero Washington insiste en el no reconocimiento, por lo que también aquél renuncia. La presidencia queda así acéfala. Se reúne nuevamente el Congreso el 10 de noviembre y, alegando la falta de mandatario y sustituto, aplica el artículo 106 de la Constitución vigente, según el cual el Congreso debe elegir de entre sus integrantes, para suplir la carencia de autoridad, al legislador que complete el período presidencial vacante. Ese legislador, ¡vaya casualidad!, resulta ser nuestro viejo conocido Adolfo Díaz. También él, como Chamorro, resuelve sacrificarse por la patria y aceptar la terrible carga presidencial. Cinco días después, el 15 de noviembre, pide por nota oficial al Departamento de Estado la protección de Estados Unidos... contra México, nación que habría provocado una situación que "pone en un riesgo inminente la soberanía y la independencia de Nicaragua, y en consecuencia el equilibrio continental sobre el cual se funda el panamericanismo que los Estados Unidos han fomentado con un espíritu tan elevado..."

El 17 de noviembre el Departamento de Estado anuncia el reconocimiento del presidente Díaz. Trece días después, el 30, Sacasa desembarca en Puerto Cabezas. El 2 de diciembre, en medio de sus soldados, se proclama presidente constitucional de Nicaragua en ejercicio de su legítimo mandato, al cual no ha renunciado en momento alguno. Designa como ministro de Guerra al general Moncada, quien anuncia el comienzo de operaciones militares con vistas a la captura de la capital y el derrocamiento de los usurpadores.

Las noticias de Nicaragua provocan huracanes en los Estados Unidos. La cadena Hearst vomita más injurias que nunca contra México y Calles. Su argumento básico, elemental y simple, es el de siempre: está "exportando comunismo". Los diarios liberales, los socialistas, los comunistas y en general los no comprometidos en la defensa de los intereses petroleros en juego, se vuelcan en favor de Sacasa y piden neutralidad total al Departamento de Es-

tado. Lo mismo hacen los sindicatos estadounidenses y su central, la AFL; el líder socialista Norman Thomas; senador como William Borah, King Heflin y Laad; y, en toda América Latina, la casi totalidad de los diarios más importantes, destacándose en la Argentina por su prédica en favor de Sacasa (después se mantendrá en favor de Sandino y su causa), *La Prensa*, *La Nación* y *Crítica*.

Con todo, puede más la concepción político estratégica que guía la "Operación México-Nicaragua". Y así, el 24 de diciembre de 1926, el almirante Julian Latimer, al mando de las fuerzas navales concentradas en puertos de Nicaragua, intima a las fuerzas de Sacasa y Moncada a desalojar Puerto Cabezas. Los cañones de los cruceros Denver y Cleveland se divisan desde tierra. Es la misma jugada empleada contra el presidente Madriz, tres lustros antes. No muchas horas después, por las dudas, Latimer ordena desembarcar a sus infantes, establece una zona convencional neutra, pero dispone la censura sobre las comunicaciones telegráficas de las fuerzas de Sacasa-Moncada y sugiere a las empresas norteamericanas de la zona retener el pago de sus impuestos hasta que la situación "se clarifique".

Las 48 horas de plazo que acuerda Latimer a Sacasa-Moncada para desalojar Puerto Cabezas no bastan para que el ejército constitucional evacúe todas sus armas y municiones. Habían sido desembarcadas 700 toneladas, las que debían ser transportadas prácticamente a hombros en dirección nor-noroeste, hacia la selva, el monte, la espesura. Latimer sabe muy bien lo que hace. Está obligando a los rebeldes a marcharse desarmados. Y así ocurre con buena parte del material, que queda en Puerto Cabezas. Latimer dispone que sea arrojado sin más trámite al mar. Pero en esas 48 horas de ocupación inicial, muchachas nicaragüenses, pobres prostitutas del puerto, otorgan sus favores a los marines y en lugar de dólares les piden fusiles y municiones. No los de ellos, sino "los que son nuestros", los que deberán ser arrojados al mar. Las prostitutas rescatan así 40 rifles y unos 7000 cartuchos. Los entregarán a un hombre de estatura reducida, esmirriado, casi pura piel y huesos, rostro aindiado, tez tirando a oscura, que en nada se diferenciaría de los tantos que se hallaban con Moncada de no ser por su mirada febril y un estribillo que repetirá hasta el cansancio: "Los yanquis deben irse de Nicaragua. Yo quiero patria libre o morir".

Meses después, las prostitutas de Puerto Cabezas a quienes llega la noticia de que hay nicaragüenses que enfrentan, de nuevo como en tiempos de Walker y de Zeledón a tropas norteamericanas, quizás se enteren por vez primera de que el hombre a quien han entregado los fusiles y cartuchos tiene por nombre el de Augusto C. Sandino.

Pero en la zona de Puerto Cabezas la pérdida de material bélico no ha amilanado a las tropas de Sacasa-Moncada. Con el que obra en su poder se bastan para combatir a los usurpadores. Los encuentros se hacen casi a diario, y hacia el 5 de enero de 1927 las fuerzas estadounidenses al mando de Latimer son testigos de la derrota gubernamental en Laguna de Perlas. Esto es decisivo, pues toda la frontera atlántica está ahora en poder constitucionalista.

Se redobra entonces el clamor por una mayor intervención norteamericana. La piden sin ningún disimulo los más importantes diarios republicanos

de la Unión. Se une al pedido el propio títere Adolfo Díaz, quien alega que si no se le detiene, Calles hará “bolchevique” a toda América Central. El presidente Coolidge parece el eco de esas demandas intervencionistas, cuando en Año Nuevo declara que México no ha querido aceptar las recomendaciones de la Unión en el sentido de no suministrar armas a los revolucionarios antichamorristas, “porque el régimen de Calles ha desafiado y continúa desafiando a los Estados Unidos ocasión tras ocasión”. Sale en respuesta el Senador Borah. Dice:

El simple hecho de que hayamos reconocido al gobierno de Díaz no nos impone ni la obligación legal ni moral de mantener ese gobierno por medio de la fuerza. . . . Lo que hay de cierto es el esfuerzo que se está haciendo por llevar a nuestro país a una pequeña guerra vergonzosamente cobarde con México. Si Díaz pudiese inducirnos para iniciar semejante guerra en defensa de su país, estaría sirviendo a sabiendas o sin pensarlo el plan de aquellos que desearían vernos mezclados en el conflicto con México.

El pueblo norteamericano debería entender que todos estos clamores sobre “comunismo” y destrucción de la propiedad no son sino esfuerzos deliberados para justificar una guerra con México. Se habla de “comunismo” y “bolcheviquismo”, pero lo que esto significa es simplemente la guerra. Creo que los propietarios de los yacimientos de petróleo tienen todo derecho a que sus intereses y propiedades sean garantizados y protegidos por todos los medios razonables, pero creo que el más irracional, brutal e infructuoso de los medios sería una guerra con México.

El senador Borah, como la mayor parte del sector más esclarecido de la “intelligentsia” y el obrerismo norteamericano, veía bien claro de qué se trataba. La intervención a Nicaragua era una operación diversionista, para ocultar el objetivo primordial de chantajear a Calles y a México, a causa de la legislación petrolera restrictiva dictada por la Constitución de febrero de 1917, o sea antes de que estallara siquiera La Revolución Rusa. Lo importante era México y no Nicaragua. Para esta última no justificaba la presencia de tantos buques de guerra, ni tantos marines, ni tantas amenazas de Coolidge y Kellogg. Lo secundario y marginal era Nicaragua. Pero por ironía de la historia, esa situación se trastocaría por completo. Calles terminaría y claudicaría ante la presión conjunta de financistas, militares y diplomáticos norteamericanos, y daría marcha atrás en materia petrolera (la bandera de 1917 sería tomada en 1938 por el presidente Lázaro Cárdenas), con lo cual cesarían las campañas y acusaciones de “bolchevique” lanzadas contra él y terminaría su mandato en paz y concordia con Estados Unidos.

Pero lo que era secundario en la operación iría a transformarse en lo principal. Porque el 6 de enero de 1927, la máscara de neutralidad con que se encubría Washington desapareció por completo. Además de las fuerzas que Latimer desembarcó en el Atlántico, 16 navíos de guerra depositaban ese día en el puerto de Corinto, sobre el Pacífico, 3900 soldados, 865 marines y 215 oficiales. Con ese nuevo desembarco, Estados Unidos se metía hasta el cuello en el fango de la politiquería nicaragüense ligada a los intereses económico financieros neoyorquinos. Tardarían seis años en salir del país, obligados por la

lucha de Sandino y la protesta mundial que en torno suyo éste pudo forjar gracias a su actuación heroica e indomeñable. Porque Sandino resultó vencedor en esa lucha desigual: los yanquis se fueron de Nicaragua gracias a que él peleó y no se entregó, como se entregaron Sacasa y Moncada.

AUGUSTO C. SANDINO

Augusto C. Sandino nació en Niquinohomo, minúsculo villorrio del departamento de Masaya, el 18 de mayo de 1895. Era hijo natural de Gregorio Sandino y de Margarita Calderón. Su niñez y juventud transcurrieron en el pueblo nativo, donde alcanzó una instrucción elemental que le bastó para desempeñarse en sus primeros trabajos como asalariado, en faenas agrícolas locales. A los veintiséis años, en 1921, deja su pueblo y su patria y se traslada a La Ceiba, puerto de Honduras, donde se emplea como guardalmacén del ingenio Montecristo. Un año después, aparece en Guatemala, como mecánico en los talleres que en Quiriguá posee la United Fruit. En 1923 se halla en el puerto de Tampico, México, trabajando como mecánico para la Huasteca Petroleum Company, empresa del grupo Doheny.

Allí, en el México convulsionado todavía por las recidivas de la guerra civil, Sandino adquiere su primer bagaje político. No se carga de ideología puesto que no es precisamente un intelectual. Pero de sus compañeros de trabajo asimila las primeras enseñanzas del combate más generalizado de la época, el gremialismo. Tampico era en verdad el pulso donde latía con mayor vigor la disputa norteamericano-mexicana petrolera. Un movimiento de 200 barcos mensuales para una población de 100 000 habitantes es un índice definitivo para comprender la importancia del puerto. Cuando la disputa por el petróleo llega a su clímax, y las empresas amenazan con cerrar los pozos, toda la ciudad se sentirá en peligro de muerte. Los obreros se agitan, cabildean, disponen la retaliación. Quizás allí Sandino aprendió a escuchar opiniones diversas, quizás se decidió a hablar él mismo a pesar de su natural timidez y la circunstancia de ser extranjero, quizás se imbuyó de las primeras argumentaciones de tipo nacionalista. Por supuesto, antinorteamericanas. ¿Qué otra cosa cabía en esos años, en ese país, en esa coyuntura económica-política?

Sandino lo diría más tarde, con sus propias palabras:

... que los demás pueblos de Centroamérica y México nos odieran a nosotros los nicaragüenses. Y ese odio tuve oportunidades de confirmarlo en mis andanzas por esos países. Me sentía herido en lo más hondo cuando me decían: "vendepatria, desvergonzado traidor".

Algo debió de ocurrir en el mes de mayo de 1926 que lo movió a no seguir soportando pullas y recriminaciones de sus compañeros de trabajo mexicanos. Algo que él no llegó a relatar. Pero sí refirió que el 25 de ese mes, tomó 3 000 dólares de un total de 5 000 que había economizado, y con ellos regresó a su patria, pasando por la capital, Managua, y continuando viaje hasta la mina de San Albino. Es posible que regresase antes a su pueblo natal, Niquinohomo, y que allí tratase, sin conseguirlo, de obtener algún empleo. Es también posible que esperara encontrar conchabo en León, el tradicional reducto de los libe-

rales, y que allí fuese contratado, con muchos otros obreros desocupados, para trabajar en las minas de oro de la familia Fletcher. Lo cierto es que en San Albino es donde Sandino recluta sus primeros compañeros de lucha. Entonces es demasiado temprano para pensar que tiene trazado plan de acción alguno. Ni siquiera sabe que poco después los soldados norteamericanos hacia quienes ya siente el odio de que ha sido contaminado en Tampico, regresarán a su patria para volver a ocuparla. Ni imagina que él está llamado a encabezar la resistencia contra esa ocupación. Entonces el enemigo visible y declarado es el conservadorismo, encarnado en las figuras del general Chamorro y Adolfo Díaz.

En León, quizás ya Sandino ha tomado contacto con quienes planean el alzamiento. El podrá colaborar —lo imaginamos— obteniendo lo más difícil de lograr en aquellos momentos: armas y municiones. El mineral de San Albino, por su proximidad a la frontera hondureña, permite transacciones de contrabando. Algunos pocos dólares lograrán el milagro inicial de los primeros rifles. Con ellos hará práctica de tiro, cuando pueda y como pueda. El y los contados compañeros a los que va logrando adherir a su fiebre. La adoctrinará en secreto, con lo poco que él mismo podía saber, y en secreto irán sustrayendo cartuchos de dinamita de los que la empresa estadounidense posee almacenados para uso de la mina. No los considerará robo, sino legítima restitución de lo mucho que del país esa empresa ha extraído. Cuando llegue el momento en que se consideren suficientemente preparados y pertrechados, o quizás cuando recibe la noticia de la próxima entrada de Sacasa a Puerto Cabezas, Sandino dispone su propia entrada a la lucha. Cree poder arrastrar a todos sus compañeros de San Albino. Apenas logrará que lo acompañen 29. Con él, sumarán treinta en total.

Ese será el núcleo de lo que después se llamó “Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua”. El 2 de noviembre de 1926, esos 30 hombres tuvieron su bautizo de fuego en El Jícaro, enfrentando a una tropa chamorrista de 200 soldados. Lo hicieron malamente y peor armados, sin conocer los más elementales rudimentos de la guerra, reemplazando con coraje lo que les falta en *instrucción bélica y parque*. Pero sabiéndose inferiores en número, se contentan con las bajas ocasionadas al enemigo y la indemnidad de la propia fuerza, que se retira en orden y sin ninguna baja. En El Jícaro, sin proponérselo Sandino ha descubierto la esencia de la lucha de guerrillas. Pero no la pondrá en práctica en forma metódica sino muchos meses más tarde. Porque previamente está la aventura de Puerto Cabezas. Hasta allí ha llegado Sandino atraído por las noticias de la llegada de las fuerzas de Sacasa y Moncada. Desde El Jícaro, los treinta hombres han descendido por el río Coco hacia la desembocadura en el Atlántico. Entrevista a Sacasa para ponerse a sus órdenes, y este lo deriva hacia Moncada. Sandino, simple obrero, trata de convencer al militar de carrera que es Moncada de lo útil que resultará en la campaña militar que se avecina, en procura de Managua, el apoyo y guarda del flanco norte, selvático, montañoso y limítrofe con Honduras, mientras el grueso del ejército marche en dirección oeste. Ofrece cumplir él esa misión y sólo recibe la negativa desdenosa del ministro de Guerra. Ni siquiera logrará que éste le entregue armas modernas que las que él y sus hombres han obtenido con tanto sacrificio.

Años después referirá así la historia, embellecida para no lastimarlas, de las mujeres que le ayudaron a obtener rifles:

...El presidente y sus ministros quedaron encerrados en un círculo de casas de campaña del ejército yanqui. Yo salí con seis ayudantes y conmigo iba un grupo de muchachas, ayudándonos a sacar del agua rifles y parque, en número de treinta fusiles y siete mil cartuchos. La flojera de los políticos llegó hasta el ridículo, y fue entonces cuando comprendí que los hijos del pueblo estábamos sin directores y que hacían falta hombres nuevos.

EL PACTO DE TIPITAPA

Sandino se desprende entonces del grueso del ejército de Moncada y por su propia cuenta emprende el viaje de regreso a la zona de donde ha partido. Las Segovias, que no tardará en hacerse famosa en todo el mundo.

Ya los treinta hombres se han triplicado, quintuplicado posiblemente, con los añadidos que ha podido sustraer a Moncada. La tropa, algo más disciplinada y pertrechada, establece su base de operaciones en San Rafael del Norte, a un día de viaje, en plena sierra, de Jinotega, cabecera del departamento del mismo nombre, que integra, con El Ocotal, Estelí y Matagalpa la región ya citada como Las Segovias. Con unos 200 hombres, Sandino inició en febrero acciones de hostigamiento contra las tropas de Chamorro. Se movía como él lo pensaba, en el norte, en dirección este-oeste, hacia el Pacífico, como acompañando la marcha que Moncada realizaba por el sur con el mismo propósito. Pero no actuaba de consuno con Moncada ni dependía de él. Era una fuerza independiente y autónoma, en tren de aprendizaje y pertrechamiento. Porque, eso sí, cuantas veces las acciones se inclinaban en su favor y resultaban victoriosas, las fuerzas de Sandino tomaban las armas de los vencidos como botín máspreciado. Eran más modernas que las que él poseía, un lujo cuya fuente de provisión eran los Estados Unidos.

La autosuficiencia de Moncada estuvo a punto de terminar con su ejército. En tanto las escasas fuerzas desperdigadas de Sandino libraban acciones victoriosas en los llanos de Yacapuca, en los cerros de Saraguazca, en Los Espejos, coronando su campaña con la captura de la ciudad de Jinotega, Moncada se había dejado atrapar y copar, tal como lo previó Sandino, en posiciones bordeadas por Matiguás, Tierra Azul y Muy Muy, que ocupaban los conservadores al mando del general Víquez. Tan grave era la situación de Moncada, que un cable de AP del 6 de abril de 1927 daba cuenta del nivel crítico del ejército liberal, que ya había registrado en sus filas centenares de muertos y heridos. El cable añadía:

Antes de que se recibiera la noticia oficial, ya en esta ciudad (Managua) se tenían datos concretos de la sangrienta acción, suministrados por los aviadores norteamericanos al servicio de Díaz, quienes tomaron parte activa en las tres batallas. Aquí se ha celebrado la buena nueva con disparos de rifles, cohetes y triquitraques. También se echaron a vuelo las campanas de las iglesias y de los conventos.

El 13 de abril, Washington anunciaba oficialmente que las fuerzas sitiadas de Moncada habían abandonado 80.000 cartuchos, 16 ametralladoras, dos cañones y 120 obuses, y estaban en trance de desbandada general. Pero la ocupación fulminante de Jinotega, inesperada para los conservadores, alivió el cerco a Moncada. No resistimos a la tentación de reproducir un fragmento del relato, hecho por el propio Sandino, de la toma de Jinotega:

A las cinco de la mañana del segundo día principiaron los fuegos de nuestros muchachos sobre las posiciones del enemigo. La ciudad estaba lóbrega. Con los primeros rayos del día se miraba pálida la luz eléctrica que la iluminaba. El panteón se distinguía de la ciudad por sus mausoleos blancos. El momento era propicio para que un Rubén Darío quedara en éxtasis. Era la primera vez que yo veía aquella ciudad. Me enamoré de ella como de una novia y jamás podré olvidarla.

Sandino tomó esa novia para sí y la ocupó militarmente. Desde allí prosiguió hasta San Ramón, que fue tomada el 18 de abril, dejando expedito el camino hacia Matagalpa, Chontales, Terrabona y Las Mercedes, lugar este último donde aún resistía Moncada. Hacia allí marchó Sandino a marcha forzada y ligándose con otras fuerzas liberales con las que estableció contacto decisivo, entabló la batalla final que permitió el levantamiento del cerco. Los conservadores eran los que ahora huían o se rendían a discreción. El camino hacia Managua estaba abierto. Sólo faltaba emprender la marcha. Sandino y sus nerviosos compañeros urgían aprovechar el pánico provocado y proseguir sin dilaciones para capturar Managua antes de que el enemigo se restableciese. Moncada, alegando la necesidad de dar un descanso a sus maltrechas tropas, dispuso un receso de 48 horas. En cambio, aprovechando la buena disposición de Sandino, le ordenó regresar al norte, para reforzar las defensas de las posiciones capturadas. Sandino obedeció, pero en las siguientes 48 horas sería firmado el Pacto de Tipitapa; Moncada y Sacasa abandonarían la lucha comprados por la promesa norteamericana de que se permitirían próximas elecciones supervigiladas, en las que ellos, los liberales, obtendrían el triunfo a que tenían derecho.

“YO QUIERO PATRIA LIBRE O MORIR”

En momentos en que Moncada emprendía la marcha hacia el oeste, desde el Atlántico, en Washington la diplomacia norteamericana estaba siendo reconsiderada. La eminencia de la convocatoria de la VI Conferencia Panamericana, prevista para enero de 1928 en La Habana, requería condiciones políticas y un ambiente más adecuado que el que se observa en toda América Latina. Los violentísimos editoriales de los diarios más conservadores y tradicionales del continente, fustigando la intervención de las fuerzas estadounidenses en Nicaragua, eran apenas un pálido reflejo de los informes consulares y de los embajadores destacados en las capitales de todo el mundo, dando cuenta del clima adverso que prevalecía, y de la simpatía con que se observaba la resistencia de los liberales.

En Washington, la evaluación conduce a una conclusión. “Lo de Nicaragua” debe terminar cuanto antes, ya que lo de México “se va encarrilan-

do adecuadamente” gracias a la “comprensión” del presidente Calles. Para “arreglar” lo de Nicaragua, Collidge despacha en un barco de guerra a un amigo personal suyo, el coronel Henry L. Stimson. Cuando el viajero llega a destino se topa con las alarmantes noticias de la inminente toma de Managua por el general liberal Moncada. Invita, pues, Stimson, al doctor Sacasa, técnicamente presidente de Nicaragua, a que se traslade con un salvoconducto hasta Managua. Se inician conversaciones de tregua y paz, en momentos en que los liberales, dueños ya de la localidad de Boaco, tenían prácticamente al alcance de la mano la toma de la capital. El general Moncada, invitado a su vez por Stimson, accede a trasladarse hasta Tipitapa, a escasos kilómetros de Managua. Allí, en conversaciones realizadas a la sombra de un espino negro, pacta con el delegado de Collidge las siguientes condiciones:

Liberales y conservadores serán desarmados por igual. El “presidente” Díaz continuará actuando como tal hasta el 31 de diciembre de 1928. Antes de esa fecha se celebrarán elecciones que serán “supervigiladas” por las fuerzas de Estados Unidos, que permanecerán en el país como único cuerpo armado legal, si bien sus efectivos serán reducidos al mínimo indispensable para asegurar la pacificación. Los liberales gozarán de todo tipo de garantías para desarrollar actividades políticas, y el poder les será entregado si resultaren triunfantes en las elecciones. A los soldados liberales que entreguen voluntariamente sus armas, se les pagará a razón de diez dólares por rifle, reconociéndoseles la propiedad del caballo o del asno de que se hubiesen adueñado para la marcha. Los que no acepten la paz serán declarados “bandits”—es decir, bandoleros— y puestos fuera de la ley.

El 4 de mayo, Moncada, a espaldas incluso de Sacasa, pacta la paz con Stimson, en presencia del almirante Latimer y del avezado diplomático Dawson. Se compromete a entregar todas las armas el 12 de mayo siguiente, en la localidad de Las Banderas. La casi totalidad de los oficiales de Moncada aceptan el trato. Cuando Sandino es invitado a trasladarse a Tipitapa, se encuentra con que todo está concluido, el pacto realizado, y que su única tarea, ahora, será la de entregar las armas, cobra por ellas y disolver sus fuerzas. Sandino protesta. Se le ha notificado con tardanza como a propósito, y no ha intervenido para otra cosa que para escuchar las órdenes finales. ¿Qué podrán decir los soldados que murieron por la causa liberal? ¿Qué podrá decirles él a los que aún se mantienen en armas, no por apetencia del poder sino porque no admiten que fuerzas extranjeras ocupen el país y dispongan de él a su arbitrio?

La discusión se torna agitada. En cierto momento, Moncada, socarronamente, le pregunta al improvisado militar que es Sandino:

“—Y a usted, ¿quién lo ha hecho general?”

—Mis compañeros de lucha, señor —responde el interpelado—. Mi título no lo debo a traidores ni a invasores”.

Moncada puede ser persuasivo y, detrás de él, tiene no sólo a sus propias fuerzas sino, ahora, las de los Estados Unidos. Sandino finge aceptar las condiciones: Ha dejado a sus tropas y su armamento en San Rafael del Norte

y Jinotega, y necesita regresar hasta allí para informar a su gente y recoger los fusiles para entregarlos, Moncada le concede la venia para el regreso. Sandino regresa a Jinotega y de inmediato dispone que todas las armas sean transportadas y ocultadas en las montañas de Las Segovias. Pero como no desea jugar sucio a sus soldados, les explica lo que ha ocurrido y en forma cordial les notifica que aquellos que deseen retornar a sus hogares pueden hacerlo, pero que él continuará luchando contra la intervención, junto con los que quieran, a partir de ese momento, unírsele en la resistencia.

El 12 de mayo de 1927, desde la localidad de Yalí, expide Sandino un documento en el cual notifica su voluntad de continuar la lucha. Allí dirá: "Mi resolución es ésta: Yo no estoy dispuesto a entregar mis armas en caso de que todos lo hagan. Yo me haré morir con los pocos que me acompañan porque es preferible hacernos morir como rebeldes y no vivir como esclavos". Días más tarde, el 18 de mayo, fecha en que cumplía 32 años de edad, Sandino se casaba con Blanca Araúz, la telegrafista de San Rafael del Norte, con misa de esponsales, previa confesión. Dos días después, el 20, partía con sus tropas en dirección a la montaña. La suerte estaba echada. "Yo quiero patria libre o morir". La guerra de guerrillas "contra el yanqui" se iniciaba.

LA GUERRA DE GUERRILLAS

Anoticiado por telégrafo de la decisión de Sandino, Moncada trata de disuadirlo, y al efecto se traslada hacia Jinotega en compañía de su secretario, un tal Anastasio Somoza, algunos oficiales norteamericanos y el propio padre del rebelde, don Gregorio, de quien es viejo amigo. Al no encontrarlo, deja una carta en manos de don Gregorio, llamando a la reflexión a Augusto y pidiéndole el cese de toda resistencia. Sandino le contestará con otra carta: "...quiero que venga a desarmarme. Estoy en mi puesto y lo espero. De lo contrario no me harán ceder. Yo no me vendo, ni me rindo: tienen que vencerme. Creo cumplir con mi deber y deseo que mi protesta quede para el futuro escrita con sangre".

En las siguientes semanas, pocas o casi ninguna noticia de acciones bélicas trascenderá al mundo. Aunque ha rescatado centenares de rifles y hasta unas pocas ametralladoras, los que lo acompañan no pasan del medio centenar. Es cierto que han elegido territorio donde su gente se mueve a gusto, puesto que en su mayor parte son naturales de la región. La zona es selvática, monstruosa, y prácticamente inaccesible para quien pueda convertirla en bastión con los recursos que el ingenio y la determinación puedan proporcionar. Se elige simbólicamente un cerro, denominado El Chipote o Chipotón, voz de connotación escatológica. Será el signo de la resistencia enhiesta y lugar de reunión periódica de las fuerzas en campaña. En el mes de junio despacha notificaciones a los jefes políticos, informándoles que él se constituye en única autoridad legítima de la zona. Una de esas notificaciones, fechada el 18, contiene una expresión que se hará famosa en el mundo entero, como frase acuñada que será el símbolo de su lucha: "Patria y libertad". Quizás, sin proponérselo, Sandino remeda a la distancia el grito de guerra de Zapata, el agrarista mexicano de quien tanto ha oído hablar en Tampico: "¡Tierra y libertad!"

El 1º de julio, la agencia noticiosa UP informa desde Managua que “el insurrecto que se titula general Sandino se apoderó de las minas de oro de San Albino, cuyo valor se calcula en 700.000 dólares y son propiedad del ciudadano norteamericano Mr. Charles Butter”. Toma así estado público mundial, lo que hasta ese momento no eran sino versiones. Hombres de Nicaragua, patriotas, se habían alzado en armas contra la intervención norteamericana y procedían ya activamente, sin medir las consecuencias de su osadía. La toma de la mina era en sí misma un símbolo de la rebelión. No se hacía contra nicaragüenses, sino contra extranjeros, de la misma nacionalidad que la de los invasores. Precisamente el mismo día 1º de julio, Sandino da a conocer su primer manifiesto político, donde, entre otras cosas, expresa:

Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera, la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero; el vínculo de nacionalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y por ende, de la América Central y de todo el Continente de nuestra habla, sin importarme que los pesimistas y los cobardes me den el título que a su calidad de eunucos más les acomode. Soy trabajador de la ciudad, artesano como se dice en este país, pero mi ideal campea en un amplio horizonte de internacionalismo, en el derecho de ser libre y de exigir justicia, aunque para alcanzar ese estado de perfección sea necesario derramar la propia y ajena sangre. . . Mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza. . .

Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida; pero mi insignificancia está sobrepujada por la altivez de mi corazón de patriota, y así juro ante la Patria y ante la historia que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provoqué y al reto del invasor cobarde y de los traidores a mi Patria, contesto con mi grito de combate y mi pecho y el de mis soldados formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrá morir el último de mis soldados, que son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas. . . . Venid gleba de morfinómanos; venir a asesinarnos en nuestra propia tierra, que yo os espero a pie firme al frente de mis patriotas soldados, sin importarme el número de vosotros; pero tened presente que cuando esto suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el Capitolio de Washington, enrojeciendo con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes. . .

AÑOS DE LUCHA

Es, sin duda, un documento altisonante, solemne, casi fanfarrón. Nada pinta mejor al personaje que esas frases llenas de pomposa retórica patriótica. Pero cabe situarse en la época y en el país para comprender cómo ése y no otro podía ser el lenguaje de quien aspiraba a ser el intérprete de la reacción

general operada contra esa y otras invasiones que desde principios de siglo tenían por campo los pequeños países del Caribe y hasta grandes naciones, como la perturbada México de 1910 a 1930.

Todas las proclamas y documentos que emitirá Sandino a partir de entonces tendrán el mismo sello particular, fogoso y retador hacia el invasor extranjero y hacia quienes, dentro del país, colaboran con aquellos en lo que, para Sandino y para el resto del mundo, no es sino el sojuzgamiento de Nicaragua por la infantería de marina de los Estados Unidos. El ejemplo más famoso de esa índole lo proveerá la respuesta que recorrerá no muchos días después el mundo entero, dada por Sandino a G. D. Hatfield, "Commanding Officer" de la Infantería de Marina norteamericana; Hatfield remitió al caudillo rebelde una notificación y emplazamiento, acordándole 48 horas para deponer las armas en El Ocotal, previniéndole que en caso contrario "será proscrito y puesto fuera de la ley, perseguido dondequiera y repudiado en todas partes, en espera de una muerte infamante: no la del soldado que cae en la batalla, sino la del criminal que merece ser baleado por la espalda por sus propios seguidores".

La respuesta fue breve y concisa:

"Recibí su comunicación ayer y estoy entendido de ella. No me rendiré y aquí los espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo; cuento con el ardor y el patriotismo de los que me acompañan. Patria y Libertad. A. C. Sandino".

Pero para no contentarse con notas inflamables, Sandino resuelve atacar El Ocotal por sorpresa. Su telegrama de respuesta está fechado en El Chipote, a varias jornadas de distancia, en plena sierra; pero ha sido remitido, en verdad, desde San Fernando, localidad mucho más cercana a El Ocotal, a la que, en efecto, ataca en la madrugada del 17 de julio. La batalla durará diecisiete horas, al cabo de las cuales Sandino deberá retirarse sin haber logrado la captura de los marines y sus colaboradores nicaragüenses. Hay, sin embargo, una novedad digna de mención. La defensa de Hatfield ha sido posible gracias a la ayuda prestada por la aviación estadounidense. Cinco aviones convocados por telégrafo a poco de iniciarse la batalla, ametrallan a la desprevenida tropa, que en su vida había tenido ocasión de verlos. No olvidemos que estamos en 1927, en América Central, y no en los Estados Unidos o en Europa. No olvidemos que ese será el año del vuelo de Lindberg...

La aviación causó estragos en las filas sandinistas. Se calculó entre 100 y 200 el número de muertos, y en otros 200 el de heridos, la mayor parte, gente del pueblo que se unió al guerrillero en cuanto se inició el ataque. Sandino revelará más tarde que solamente 60 de sus hombres estaban armados, y que el resto se le había unido por simpatía, y había muerto por ignorancia de las nuevas técnicas de guerra. El general Logan Feland, que fue quien ordenó el ataque aéreo, reveló que sólo había muerto un estadounidense.

Ante las noticias que se conocieron en todo el mundo, una ola de horror e indignación cundió por doquier. La American Federation of Labor, en

reunión especial, condenó la masacre; y entre otros, el gobernador del Estado de Illinois, Edward Dunne, en carta abierta al presidente Coolidge, dijo:

La matanza de 300 nicaragüenses, hecha por los norteamericanos, constituye una mancha para los Estados Unidos, y por tal motivo pido la degradación y el castigo del general Feland, que fue quien ordenó el bombardeo... en un país con el cual estamos en paz y donde sabemos que no hay aeroplanos ni cañones antiaéreos... En toda la historia norteamericana no se ha visto jamás un acto de indecencia tal como el que ahora está exhibiéndose en Nicaragua...

El reverso de Dunne lo constituyeron Adolfo Díaz y Moncada. El primero, al pedir a Coolidge que los aviadores fuesen condecorados; el segundo, al asistir al banquete oficial con que esos aviadores y otros oficiales norteamericanos fueron agasajados, por la proeza.

A partir de entonces, esas y otras "proezas" análogas se fueron sucediendo en el país. En tanto de acuerdo con el Pacto de Tipitapa se preparaban las elecciones bajo supervisión de Estados Unidos, Sandino cumplía acciones de guerrilla en toda la zona de Las Segovias. Sus enemigos eran los llamados "gringos" o "machos", simplemente "yanquis" o "yankees"; pero también lo eran las tropas adiestradas por éstos, la "Guardia Nacional", o "Guardia Constabularia" (del inglés, Constabulary). Los nombres de lugares de Nicaragua comenzaron a ser familiares en todos los periódicos del mundo: El Jicaró, Las Flores, San Fernando, El Ocotal, El Chipote, Las Cruces, El Bramadero, son todas designaciones de uno o varios encuentros armados que se van sucediendo en 1927, 1928 y 1929. Decenas de veces los cables lo dan por muerto o capturado, y otras tantas veces reaparece donde menos se lo espera, a retaguardia, hacia el sur, por el lado del Atlántico. Nunca está en el mismo lugar dos días seguidos, a no ser en su cuartel general de San Rafael del Norte, que parece inexpugnable. Detrás de él, hacia el norte, la montaña y la selva que limitan con Honduras, donde continúan montaña y selva, son sus mejores colaboradores. Por Honduras ingresará a Nicaragua, arriesgando su vida, un periodista norteamericano amigo de la causa de Sandino y que después dedicará varios libros en favor de los países de América Latina: Carleton Beals. Es ese periodista quien dará cuenta de cuanto ha visto en el campamento guerrillero y de las ideas de éste, sin falsificaciones ni aditamentos.

Sandino es un nacionalista nato. No lucha sino por ver libre a su patria de invasores, y no le guía otro propósito en su lucha sino ese único. No tiene apetencias políticas ni afán de mando; sí, en cambio, y eso es inocultable, un ansia de gloria que le rezuma por todos los poros. Pero es un sentimiento legítimo tanto como plausible, pues es la gloria que desearon cada uno de los guerreros de la Independencia, el siglo pasado. Es contradictorio y quizás hasta despótico en sus desplantes, pero nunca sus contradicciones lo apartarán de su objetivo primordial: arrojar de su patria al invasor. Es en lo único en que nunca cambiará, y para lo cual aceptará la ayuda de quienquiera que sea. Así lo apoyarán alternativamente los apristas de Víctor Haya de la Torre, los anarquistas de todo el mundo, sacudidos ya desde años antes por el drama

trágico de Sacco y Vanzetti, los comunistas, los socialistas, los independientes sin partido o con él.

Tabular los cientos de encuentros de mayor o menor importancia sería tarea ímproba. De todos modos, cabe consignar que nunca pudo ser atrapado pero llegó un momento, a mediados de 1929, en que fue atraído por promesas de fuerte ayuda, en armas y dinero, desde México. Él creyó en esas promesas, y en forma semiclandestina alcanzó el país azteca en el cual, sin embargo, comprobó que sus esperanzas eran vanas. El presidente mexicano, Portes Gil, usó sin embargo de muchas añagazas para retenerlo sin ponerlo preso, reclusándolo poco más o menos que en prisión dorada, en la remota Mérida del Yucatán. Pero cuando Sandino percibe la verdad del juego, dispone el sigiloso regreso, que cumple antes de terminado el año de su estada en México. En mayo de 1930 está, en efecto, de regreso en la selva nortecña nicaragüense, y al mes siguiente, junio, está librando nuevamente combates contra la infantería de marina.

LOS INVASORES SE RETIRAN DE NICARAGUA

El objetivo de las guerrillas sigue siendo el mismo del principio: los invasores deben abandonar el país, y después de que ello ocurra, los nicaragüenses arreglarán por sí solos sus asuntos internos.

El objetivo nacionalista se mantendrá a pesar de que a partir del 1º de enero de 1929 ya no esté un conservador títere como Adolfo Díaz en el poder. Su reemplazante, el general José María Moncada, a quien Sandino acusa de haber obtenido la presidencia como premio a “la traición de Tipitapa”, consiente del mismo modo que Díaz en la presencia en el país de las fuerzas de marinería estadounidenses, de sus aviones, de sus soldados, de sus buques de guerra... Y esto continuará a pesar de las depredaciones de las tropas en Las Segovias, a pesar de las protestas del mundo entero, a pesar del estallido emocional de la Conferencia Panamericana de La Habana, en donde el representante argentino, el doctor Honorio Pueyrredón, después de sumarse a la censura casi general de la asamblea por la actuación de los Estados Unidos en el Caribe, renuncia estrepitosamente a su representación designando por su nombre, “imperialismo”, la acción que los Estados Unidos cumplen en América Latina.

En los Estados Unidos, el presidente Hoover ha debido soportar una presión no inferior de su propio pueblo. El Congreso era el campo de batalla normal para los ataques más violentos de la oposición del Partido Demócrata. Se pide la paz y el retiro de las fuerzas, como hoy se pide lo mismo para el caso de Vietnam. Pero entonces la situación de Hoover era más complicada, por la terrible recesión económica que siguió al crash de octubre de 1929. Hay miseria, hay desocupación, hay hambre en la Unión. El Partido Republicano pierde las elecciones y asciende a la presidencia un demócrata, Franklin D. Roosevelt, quien durante su campaña ha censurado duramente al adversario su política caribeña.

1931 y 1932 encuentran todavía en pie de lucha al Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua. Comienza a sentirse el desgaste y el cansancio

en sus filas, ya harto raleadas por la larga y desesperada lucha. El gobierno de Honduras ha adoptado todas las previsiones posibles para impedir que Sandino se aprovisione de armas y alimentos por el norte. Al sur dominan los invasores y la Guardia Nacional. Al este se continúa la selva norteña, hostil e inhóspita hasta el Atlántico, y al oeste, sobre el Pacífico, de donde espera y le corresponde esperar la mayor ayuda por parte de los liberales del reducto de León, sólo obtiene promesas, estímulo, y consejos políticos. Serán los políticos quienes finalmente cerrarán el cerco más efectivo en torno de Sandino. Estos se acercan al guerrillero y le proponen la cesación de hostilidades a partir del 1º de enero de 1933, para cuando asuma el poder, en reemplazo de Moncada, el jefe liberal doctor Sacasa. Consideran que lo hace posible la circunstancia, anunciada en todo el mundo, de que las fuerzas norteamericanas abandonarán definitivamente el país.

Al calor de esas promesas, las pláticas de paz se desarrollan con buen éxito. Sandino es entrevistado en Las Segovias por comisionados de Sacasa, y finalmente accede a deponer las armas. Se firman actas y protocolos en enero de 1933. Sandino no desconfía, un poco porque no desea desconfiar, otro poco porque no está habituado al juego de los políticos, y no sabe discernir entre la verdad, la mentira, el juego, el dolo. Y, sobre todo, porque sabe que si él continúa la lucha, los Estados Unidos lo utilizarán como pretexto para permanecer con sus tropas en el país.

El 2 de febrero, llega a Managua en una avioneta del gobierno. Al descender de la máquina, dirá a los periodistas: "Somos hermanos. Vengo a concertar la paz. Ya no tendremos guerra, pues somos libres e independientes". Y en cuanto a los norteamericanos, esto: "Nada tengo, personalmente, contra ellos. Que vengan aquí a trabajar, si quieren, pero no los aceptaremos como amos". Esa misma noche, en la casa presidencial, firmará el tratado de paz, por el cual conviene deponer las armas, aunque conservando algunas para su defensa personal y la de su guardia, en tanto las decenas de hombres que todavía lo acompañan son licenciados y regresan a sus hogares para emprender labores pacíficas.

El gobierno de Sacasa le acuerda ciertas garantías y le asigna una porción territorial, en Las Segovias, para que él y su gente puedan cultivar la tierra. Sandino cree en la paz porque la desea fervientemente. Pero la guerra continúa, secreta, solapadamente. Porque aunque no están los norteamericanos, éstos han dejado hijuelos en Nicaragua. Uno de ellos, el exsecretario de Moncada en Tipitapa, Anastasio Somoza, ha sido designado, el 15 de noviembre de 1932, jefe-director de la Guardia Nacional, o sea el organismo policíaco-militar adiestrado por los norteamericanos para guardar el orden en el país. Es la Guardia Nacional la que traba de mil modos distintos el regreso a sus hogares de los exguerrilleros, los aprisiona, los veja, los mata. Y, paulatinamente, pone cerco a Las Segovias.

EL ASESINATO

Sandino percibe el peligro, y en numerosas ocasiones se queja, por escrito y a través de emisarios verbales, ante el presidente Sacasa. Este disipa sus rece-

los con promesas y palabras dulzanas. Aunque todavía no lo sabe, ya él está siendo envuelto en las mallas que pacientemente teje Somoza en procura del poder. Sandino en el norte, con las pocas armas que aún posee, es de algún modo garantía para la estabilidad del mando presidencial de Sacasa, por lo mismo que el guerrillero le tiene confianza y cree en su buena fe y honestidad.

Pero durante todo el año de 1933 los problemas económicos y políticos no dejan de acechar al guerrero en reposo. Hacia comienzos de 1934, cuando repara en que su situación y la del país es insostenible, resuelve, de nuevo, viajar a Managua para llegar a nuevos acuerdos con el Presidente. Todo son, de nuevo, festejos y alborozos. El clima de pacificación, ficticio por cierto, llega hasta el grado de que pueden fotografiarse juntos y hasta abrazados, Sandino y Somoza. Las conversaciones con Sacasa y sus hombres de confianza culminan con nuevos acuerdos. Sandino podrá, otra vez, regresar a Las Segovias, seguro de que no encontrarán, él y sus gentes, nuevas dificultades. Para celebrarlo, el Presidente invita al caudillo y sus acompañantes, los generales Estrada y Umanzor, a compartir su mesa esa noche, 21 de febrero de 1934. Al día siguiente, deberán emprender el viaje de regreso.

Sandino acepta. La velada transcurre en orden y paz. Todo parece, finalmente, terminar bien, para bien de todos.

Pero a la salida, cuando en un automóvil desciende La Loma donde está ubicada la casa de gobierno de Managua, Sandino es detenido junto con su padre, Estrada y Umanzor, por soldados de la Guardia Nacional. No se le hará juicio, ni sumario ni extenso. Se deja a un lado a don Gregorio, pero los tres restantes, después de un largo rato de permanecer detenidos en el cuartel, son conducidos en un camión de la guardia a un solitario paraje del campo de aviación de Managua. Vanos han sido los esfuerzos de Sandino por comunicarse, siquiera fuese telefónicamente, con el Jefe, Somoza, o con el Presidente. Este ha sido informado por su propia hija, testigo de la detención, de lo ocurrido con sus huéspedes. Trata de localizar a Somoza para pedirle garantías en favor de los detenidos. Vano intento. El jefe-director está en esos momentos deleitándose con un recital poético, y ha dado órdenes terminantes de que no se le perturbe mientras dure la función artística.

Hacia medianoche, la provinciana tranquilidad de Managua es despertada por un nutrido fuego de ametralladora. Sandino, Estrada y Umanzor, simplemente sentados, están siendo asesinados. Simultáneamente, en otro punto de la ciudad, la guardia asalta la casa del ministro Salvatierra, donde está durmiendo un hermano de Sandino, Sócrates, e igualmente lo ultiman. A la 1 de la madrugada del 22, el ministro norteamericano en Managua, Arthur Bliss Lane llegó hasta la cárcel donde se encontraba don Gregorio Sandino, y le ofreció la hospitalidad de la Legación. Don Gregorio optó por la seguridad de la casa presidencial. En la misma madrugada, con escasa diferencia de horas, la Guardia Nacional atacaba el campamento sandinista de Wiwili, donde ajenos a toda trampa dormían unos 300 hombres, mujeres y niños. Fue toda una carnicería. Fue una operación perfecta, sincronizada hasta en sus más mínimos detalles. Se había liquidado al jefe y a sus huestes.

Años después, uno de los militares que participaron en el asesinato de

Sandino, Estrada y Umanzor, Abelardo Cuadra, relataría que la “operación” fue concertada en la tarde del día 21, en presencia de 16 oficiales de distinta graduación, luego de escuchar al jefe-director, Somoza, estas palabras: “Vengo de la embajada americana, donde acabo de sostener una conferencia con el embajador Arthur Bliss Lane, quien me ha asegurado que el gobierno de Washington respalda y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino, por considerarlo un perturbador de la paz del país”. ¿Fue una mentira destinada a convencer a los remisos? ¿Expresó Somoza la pura y simple verdad? ¿Se trató, en todo caso, como en el México de la Decena Trágica que culminó con el asesinato del presidente Francisco Madero, de una ocurrencia puramente personal del diplomático estadounidense, sin órdenes previas en tal sentido? La historia todavía no es del todo conocida.

Lo que se sabe de cierto es que Somoza, una vez libre del obstáculo de Sandino, prosiguió la tarea de deterioro del sustento presidencial de Sacasa. Este no terminó su mandato. Somoza le dio el cuartelazo inevitable, colocó en un primer momento a un títere suyo, y meses después se hizo elegir “presidente”, en elecciones al uso tradicional centroamericano. Desde entonces, 1936, él y su familia no dejaron de retener el poder, que hoy disfruta su hijo menor, del mismo nombre. Y hoy, en la misma selva segoviana limítrofe con Honduras, vuelven a resonar los disparos de fusiles y ametralladoras. Hoy las guerrillas las hacen los estudiantes nicaragüenses, enfrentando a la misma Guardia Nacional, y quizás a los mismos soldados norteamericanos de siempre... aunque hoy llevan boinas verdes y se denominan “Special Forces”. El ejército de estudiantes, tan pequeño y tan poco pertrechado, se denomina Frente de Liberación Nacional Sandinista.